

# Romances de Barranco Hondo

POR



GABRIEL ROMAN ORTIZ

**PRECIO**  
**1'50 Ptas.**

Imp. Ortiz-Araez, 7 - Almería

# Patricia

---

*es la novela de un escritor almeriense, campesino, tullido, pobre, hijo de un lechero de Barranco Hondo.*

---

ESTA OBRA NO  
SE PRESTA

*Este escritor ignorado comienza a dar a la luz sus novelas, con su propio esfuerzo, que ya es esfuerzo careciendo de todo: medios, maestro y contacto con la capital. A pesar de su aislamiento en el cortijo, por su enfermedad, y sin que haya visto el mundo, si lee V. sus novelas, verá cómo—a la manera de Julio Verne—le lleva a una y otra parte del globo.*

---

Compre  
enseguida

## Patricia

que esta  
novela

es el primer testimonio de cuanto dejamos dicho.

# Buscando la quimera

Yo quisiera dar comienzo a una historia verdadera que en fecha no muy lejana ha de sucederle a Pepa.

Sepan ustedes, señores, que yo no soy un profeta y que si escribo esta historia es buscando la quimera.

Comencemos a decir: es una joven muy bella, de grandes dotes morales y preclara inteligencia.

A su carácter alegre lo aprisiona la tristeza que se refleja en su cara y la tiene descontenta.

La niña está enamorada del hombre que la corteja, amándole con pasión como sabe querer ella.

El novio se halla en la «mili», pero pronto lo licencian, lo cual le causa alegría al mismo tiempo que pena.

Alegría porque viene y pena porque se aleja de su querer tan sublime, según ella manifiesta.



Esto lo basa en los celos  
que tiene de otra belleza,  
pues teme que se lo quite  
con cuatro frases coquetas.

No temas nada, preciosa,  
que si tu novio te deja  
yo conozco a quien te quiere  
hasta el fin de su existencia.

Llega el novio de la «mili»,  
ella en la estación le espera,  
ya se miran a los ojos  
estrechándose las diestras.

Han pasado varios días,  
el novio no se la deja;  
va recobrando la calma  
y desterrando la pena.

Su novio la lleva al cine,  
a los circos y a las fiestas  
y todo son atenciones  
con sumas delicadezas.

Como lo ve tan galante,  
de su amor ya no recela,  
y despierta va soñando  
la gran dicha que le espera.

Sueña, sueña mariposa,  
que todo en sueño se queda  
pues las glorias en desdichas  
con gran rapidez se truecan.

Tengan en cuenta, señores,  
que yo no soy un profeta  
y que si escribo esta historia  
es buscando la quimera.

Al cabo de pocos meses  
dan comienzo las querellas  
por síntomas bien visibles  
de amores que le atormentan.

Otra vez siente los celos,  
otra vez vuelve la pena,  
va dejando de soñar  
lo que soñaba despierta.

No temas nada preciosa,  
que si tu novio te deja  
yo conozco a quien te quiere  
hasta el fin de su existencia.

Le echa en cara los amores  
que tiene con otra bella;  
él se ríe jactancioso  
y ni siquiera contesta.

Se va poniendo nerviosa,  
esto ya la desconcierta  
y entre lloros y lamentos  
le va exponiendo las quejas.

El se muestra indiferente  
y no quiere ni atenderla  
porque desea romper  
las relaciones con ella.

Una mujer es la causa  
de la ruptura primera  
y le acerba el corazón  
con las bilis de la pena.

Ojos azules, preciosos,  
que reflejais tristeza,  
no derrameis más lágrimas  
por el hombre que os desprecia.

- No tengas pena, preciosa,  
porque tu novio no vuelva  
que conozco a quien te quiere  
hasta el fin de su existencia.

Sepan ustedes, señores,  
que yo no soy uu profeta  
y que si escribo esta historia  
es buscando la quimera.

Es el primer desengaño  
que la pobre ya se lleva...  
Consuélate, corazón,  
y desecha la tristeza.

Yo quiero verte, Pepita,  
feliz, dichosa, contenta  
y sin ningunos pesares,  
sentada junto a mi puerta.

Despierta, voz argentina,  
que estamos en primavera,  
y canta ya las canciones  
que a mi corazón alegran.

Si no quieres alegrarme  
al menos no me des pena,  
que pena tengo de sobra  
y tú eres la causa de ella.

No tengas pena preciosa,  
porque tu novio no vuelva  
que conozco a quien te quiere  
hasta el fin de su existencia.

Si ese rubio te requiere  
y ese bizco te corteja,  
no te olvides, niña hermosa,  
de aquel que no tiene piernas.

Solo deseo tu bien,  
que tu dicha sea completa  
y que ruegues por quien sabes  
para el bien de su existencia.

Si al cabo de cierto tiempo  
tú no encuentras quien te quiera,  
no te olvides, rosa linda,  
de aquel que no tiene piernas.

Tengan en cuenta, señores,  
que yo no soy un profeta  
y que si escribo esta historia  
es buscando la quimera.

Una advertencia tan sólo  
escrita y firmada queda:  
no dejes que otra mujer  
enamore a quien tú quieras.

Dile así: «Que tú lo quieres  
y que su querer anhelas».

De esta forma tan sencilla  
te casarás con quien puedas.

Abrevia, no tardes mucho,  
en cazar a quien deseas,  
antes de que sea tarde,  
antes de que novia tenga.

Porque el hombre que es muy hombre  
a su novia no se deja  
después de darle palabra  
de que se casa con ella.

No tengas pena, Pepita,  
porque tu novio no vuelva,  
que yo soy quien te quiere  
hasta el fin de mi existencia.

# La rosa de sangre

*Al partir mi corazón  
hallé una rosa de sangre,  
fué la rosa del amor,  
de este amor que quise darte.*

*Mi vida se encerró en ella  
y angustiada y anhelante,  
cantando bellas canciones  
voló rauda y fué a buscarte.*

*Si tú le niegas la entrada  
es que amor no quieres darme,  
vuelve mi vida a la rosa,  
a la rosa de mi sangre.*

*La muerte vive con ella,  
has preferido matarme,  
y, antes de perder la vida,  
yo quiero felicitarte.*

*En el día de tu santo  
me verás agonizante  
y mis labios te dirán:  
Pepita, felicidades.*



# EL LAZO

## PRIMERA PARTE

- JUANITA. — Señora. debo casarme,  
el médico me lo manda.  
Pero yo no tengo novio.  
¡Ay. señora, qué desgracial  
Y no solamente el novio,  
sino tampoco una casa,  
y un colchón para acostarme,  
aunque no fuera de lana.  
Como no es cosa de echarlo  
en las losas tan heladas  
con los fríos del invierno,  
he de comprarme una cama,  
sábanas y cobertores,  
dos cojines y dos mantas,  
y una colcha de colores:  
azul, blanca, verde y grana.  
Hagamos el presupuesto  
de lo que cuesta la cama.
- D.<sup>a</sup> ENCARNA — Dos mil duros cuesta todo.
- J. — No me parece muy cara.  
Siga haciendo el presupuesto  
de todo lo que haga falta.
- D. E. — Por cinco mil duros tienes  
bien puesta toda la casa.
- J. — Ahora falta la vivienda;  
será preciso comprarla.  
Martínez vende la suya;  
con diez mil duros me basta.

Ya llevamos quince mil;  
tenemos puesta la casa.  
Y ahora para terminar  
el novio es lo que me falta.

D. E.—

Anunciado está en la Prensa:  
“Joven dueña de una casa,  
contraería matrimonio  
con un hombre que la amara”.

J.—

Suena el timbre de la puerta.  
Señora, voy a ver quien llama.  
Es un joven marinero.

D. E.

PEDRO.—

Hazle pasar a esta sala.  
Muy buenas tardes, señora.  
He leído esta mañana  
una oferta de una joven  
que desea ser casada.

D. E.—

Aquí la teneis presente,  
Juanita Ros de la Palma.

P.—

Tanto gusto en conocerla.  
Mi mano. ¿Quiere estrecharla?

J.—

Encantada, marinero.  
Su mano queda estrechada.

P.—

Me llamo Pedro Morales,  
hijo de Pedro y de Sara;  
natural de Puertobello,  
provincia de Salamanca.  
Si quiere saber de mí,  
puede escribir una carta  
al alcalde de mi pueblo  
y pronto será informada.

J.—

No desconfío de usted,  
me basta con su palabra.

- De mí le puedo decir  
que solo tengo una casa.  
No tengo padres ni hermanos,  
hállome desamparada.
- P.— Si a usted le parece bien,  
ya podemos visitarla,  
porque deseo casarme  
en la corriente semana.
- J.— ¿Puede prestarme, señora,  
el dinero que me falta?
- D. E.— Te prestaré mil pesetas,  
es cuanto tengo en la caja.
- J.— ¿Cuándo nos casamos, Pedro?
- P.— Cuando me lo pidas, Juana.
- J.— Esta noche nos casamos.  
Démelo ya, doña Encarna.
- D. E.— Enseguida voy por él,  
esperad en esta sala.  
Me parece que, del pecho,  
el corazón se me salta.
- P.— Siendo ya mi prometida,  
quiero llamarte mi Juana  
y estrechándote en mis brazos  
besar tu boca de grana.  
También te beso en los ojos,  
que son luceros del alba,  
y estas dos rosas bermejas  
que la gente llaman cara.
- J.— Mira Pedro, cómo tiemblo,  
de saberme tan amada.  
Pero déjame, amor mío,  
que ya viene doña Encarna.

- P.— Antes de que tu señora  
haga presencia en la sala  
otro beso nada más  
quiero darte en la garganta.
- D. E.— Toma, Juanita, el dinero.
- J.— Muchas gracias, doña Encarna.
- D. E.— Tengo que hacerte un regalo.  
Venid mañana por casa.
- J.— Quédese con Dios, señora.  
Me despido hasta mañana.
- D. E.— Adiós, Juanita querida,  
las lágrimas se me saltan.
- P.— Quédese con Dios, señora,  
y no llore por mí Juana,  
que todo el mundo lo dice:  
“¡Dichosa la que se casa!”
- D. E.— Es cierto lo que se dice:  
la vida hay que disfrutarla.  
Si me quedase viuda,  
en seguida me casaba:

## SEGUNDA PARTE

- D. E.— Oigo el timbre de la puerta,  
quizás serán Pedro y Juana.  
¡Qué gana tengo de verla!  
¡Es buena como una santa!
- P.— Con su permiso, señora,  
¿Puedo pasar a la sala?
- D. E.— Tú lo tienes, pasa, Pedro.
- P.— Buenas tardes, doña Encarna.
- D. E.— Dime Pedro, ¿Por qué tienes  
ese color en la cara?

- P.— De mi mal tiene la culpa  
la pícara de mi Juana.
- D. E.— ¿Por qué no viene contigo,  
se ha quedado en vuestra casa?
- P.— No señora; está charlando  
con su doncella Bernarda.
- D. E.— Contándole, bien seguro,  
la vida de las casadas.  
Pero dime ya, buen mozo,  
¿eres feliz con tu Juana?
- P.— Sí, señora, soy feliz,  
pero no tiene la casa,  
como ustedes me dijeron,  
han cometido una falta.  
Por eso traigo, señora,  
este color en la cara,  
y mi honor, de caballero,  
me pide justa venganza.  
Míreme usted cómo vengo  
con la faz desencajada,  
echo el fuego por los ojos  
y por la boca la baba.
- J.— Buenas tardes, mi señora.
- D. E.— Muy buenas, querida Juana.
- J.— Regale las medicinas  
a su doncella Bernarda.
- P.— ¿Qué dices de medicinas?
- J.— Dígaselo, doña Encarna.
- D. E.— En otros tiempos tu esposa  
estuvo enferma en la cama  
le puse penicilina,  
que el médico le mandaba,

y en cuatro días se puso  
gorda, fuerte y colorada.  
¿No ves, Pedro, qué vergel?  
¿No ves qué carnes de nácar?  
¿No ves qué linda es su boca?  
¿No ves qué hermosa su cara?  
¿Cómo siendo tan preciosa  
hablas de fiera venganza?  
Anda, Pedro, dale un beso  
en esa boca de grana.

P.— No me lo ruegue, señora,  
que no debo yo besarla  
porque me ha echado el lazo  
con el cuento de la casa.

D. E.— Ya veo, Pedro Morales,  
que tú no quieres a Juana;  
si te has casado con ella  
es por tener una casa.

J.— Que sea lo que Dios quiera,  
yo sufriré mi desgracia.

Anda, Pedro, cumple ya  
eso que llamas venganza.

P.— Para cumplirla no tengo  
más que salir de la sala  
dejándote de sirvienta  
en casa de doña Encarna.  
Para casarte de nuevo,  
prosigue tu propaganda,  
que puede ser que algún hombre  
te quiera sin tener casa.

J.— Ya no digo más embutes,  
con éste creo que basta.

- ¡Vete, Pedro, vete ya!  
Me quedo con doña Encarna.
- P.— Adiós, querida Juanita,  
adiós, lucero del alba.  
Quédese con Dios, señora.
- D. E.— Aquí no ha pasado nada.  
Oye, Pedro, espera un poco  
Mírala en llanto anegada;  
si no te casas con ella  
demuestras no tener alma.  
Anda, Pedro, ten piedad  
de esta joven buena y santa  
que tú no sabes si está,  
por ventura, embarazada.
- P.— ¿Qué me dice usted, señora  
¿Tener un hijo de Juana?  
¡Eso sería para mí  
más que tener una casa.
- J.— Un hijo tendrá mi Pedro,  
que se lo dará su Juana;  
será cual rayo de sol,  
igual que el hijo de Sara.
- D. E.— Yo le compraré juguetes  
para que juegue en la sala  
este niño tan hermoso  
es hijo de Pedro y Juana.
- J.— ¡Qué muñeco más precioso  
el hijo de mis entrañas!
- P.— Es fruto de nuestro amor.  
Ya no te exijo la casa.
- D. E.— ¿No ves, Pedro, qué clavel  
te dá por hijo tu Juana?

P.— Sí, señora, ya lo veo.  
J.— ¡Miren, miren cómo mamá!  
D. E.— Yo le compraré la cuna  
y sabanitas de Holanda.  
P.— Si no se queda dormido,  
yo le cantaré la nana.

---

## El vergel humano

Aspira don Pedro  
perfume de rosas.

—¿De dónde será?—  
pregunta a su Lola.

—Será del vergel  
de don Pedro Rojas—  
ella le contesta  
con voz melodiosa.

Se queda dudoso  
pensando si es «trola»;  
y aspira el ambiente  
cargado de aroma.

Ella, con dulzura,  
repite chistosa:

—Será del vergel  
de don Pedro Rojas.

—Don Pedro soy yo,  
y tú, amada Lola,  
eres el vergel  
con frutas y rosas.

Dé rosa es tu cara,  
de clavel la boca,  
que son bellas flores  
que a mí me enamoran.

¡Hermoso vergel  
tengo por esposa!  
¿De quién es la finca?

—De don Pedro Rojas—  
contesta la bella  
con voz armoniosa.

Y ya entre sus brazos  
la besa en la boca.

—La miel que yo libo  
rebosa la copa  
de tus rojos labios,  
mi querida Lola.

—¡Qué dulce es la vida,  
la vida de esposa—  
exclama la finca  
de don Pedro Rojas.

# El poeta y el oso

## FÁBULA

Lentamente caminando  
va un poeta, silencioso,  
y detrás le sigue un oso,  
que en su mente va forjando:  
«Con la carne y con los huesos  
de la presa que ya tengo,  
hoy mi estómago mantengo,  
y mañana, con los sesos.  
Porque el cerebro del hombre  
según comenta la gente,  
es lo más inteligente,  
y éste tiene ya renombre.  
Como tiene la virtud  
de componer poesías,  
en mi mente por cien días  
brillará toda su luz.»

El poeta se detiene  
y al ver que le sigue un oso,  
un ejemplar horroroso,  
piensa lo que le conviene.

EL OSO.—

Buenos días, gran señor.  
¿Cómo se halla de salud?

EL POETA.—

Voy notando que en mi luz  
entrándome va un dolor.

O.—

¿Se siente mal de la mente?

P.—

Mi luz está desgastada

- O.— y ya no me sirve nada.  
 No le creo. ¿Por qué miente?  
 P.— ¿Acaso cree que miento?  
 O.— Es lo cierto, lo cabal,  
 pues la causa de su mal  
 la tengo en el pensamiento.  
 P.— Entonces, usted dirá...  
 O.— Es porque me hallo delante  
 en actitud no galante  
 y pronto muerto será.  
 P.— ¿Por sus dientes? ¡No lo creo!  
 Ese placer no tendreis,  
 Ni siquiera lo penseis,  
 porque yo no lo deseo.  
 O.— ¡Oh, valiente, jactancioso!  
 Si quieres luchar, luchemos  
 y después ya lo veremos.  
 P.— Sí, luchemos, señor oso.  
 (Presto saca la pistola  
 y la joven altanera,  
 así le dice a la fiera):  
 LA PISTOLA.— Oso, ¡Púml, detén la bola.  
 Bien derecho le entró el plomo  
 hiriéndole el corazón,  
 y perdiendo la razón  
 en la tierra dió su lomo.

*La potencia de la fuerza  
 no basta para vencer,  
 antes se debe saber  
 lo que el adversario ejerza.*

# OBRAS INEDITAS DE ESTE AUTOR

---

## NOVELAS

Patricia  
Robos sin sangre  
Amor y venganza  
Noche de ensueño  
La venganza del Doctor X  
Un espíritu aventurero  
La herencia de la sangre  
Las tres hijas de Lola Flores  
Clarividencia  
Huellas de sangre  
Amor y lágrimas  
Tragedia de amor  
Los rufianes pagan con la vida  
El antifaz verde  
La mujer que no besó  
Las señoritas de Villaverde  
A sus órdenes, lector  
Amor prematuro  
Mancha limpiada con sangre

## CUENTOS

<i>La serpiente humana</i>	<i>La inocente Pepita</i>
<i>La hija del diablo</i>	<i>Un robo nada más</i>
<i>Los mendigos</i>	<i>Un hombre sin voluntad</i>

## COMEDIAS

**A**  
La envidiosa  
Los derechos son del hijo

---

Ensayo de poesía

# Patricia

es horrible-  
mente fea

pero tiene una belleza de alma  
inesfable. Va maseando los cua-  
renta años y se rebela porque  
nadie la dice nada. Es tan fea...

Pero la vo-  
luntad y la

constancia se imponen y Patricia  
consigue al fin aparecer bella ante  
los ojos del hombre que ambicio-  
naba un dinero que ella inventó.

No deje V. de adquirir en cualquier  
kiosco de Almería la novela

## "PATRICIA"

Gracia, amenidad, espíritu  
de justicia, moral y fondo